

Ante aquella visión que asusta y pasma,
Yo, como Hamlet, mi doliente hermano,
Tuve valor é interrogué al fantasma.

Amado Nervo.



Cap. XIV

CAPÍTULO DÉCIMOQUARTO

CÓMO ESTANDO TAN ALTOS
EN LO MÁS ALTO Y BLANCO DEL VOLCÁN DE POPOCATEPEC,
ACAESEÓ EL SUÇESO DE MAYOR MARAVILLA
DESTA YSTORIA



¿UÉ pluma narrará el sublime portentoso de aquella hora de misterio y de aquel sitio de soberano encanto?...

....

Roncaban como piara unos bultos que al resplandor rojizo de la hoguera expirante se adivinaban revueltos en el colchón de secas brozas suaves como musgo.

Una sobreexcitación interior que no es posible definir, alejó de nosotros el sueño que parecía reclamar con hartazgo la fatiga de los miembros todos, magullados, deshechos.

Cumpliendo la consigna, un viejo indígena, servicial y discreto más que los otros, el hombre que mejor indicado creímos para el caso, se acercó á la tari-

ma donde, vestidos y envueltos en capotes y mantas nos habíamos echado después de la comida permaneciendo en la misma postura inmóviles y mudos no sabemos decir por cuántas horas, y nos dijo estar todo dispuesto para la marcha.

Salimos de la barraca sigilosos, sin que ninguno de los dormidos advirtiese el caso.

De la pinada inmediata, el viejo y un su hijo sacaron nuestros caballos ya ensillados.

Montamos.

Hay un breve cuchicheo entre los caballeros y los guías. Estos rompen la marcha, y comienza el fantástico viaje.

....

Nunca ni en parte alguna un silencio mayor, más imponente.

Hemos dejado atrás la última arboleda, que, á modo de gorguera de negro abullonado de maleza, adorna y viste el cuello del coloso.

Y el coloso, á partir de la regia pelliza de seculares frondosísimos pinos que cobijan aquel enorme busto que fuera modelado en lavas ignicentes, exhibe su luciente cabeza de cenizas y nieve que no admite más tocado que el encaje de las nubes con sus sartales de perlas de granizo. . .

No un ruido en aquella caminata envueltos en la noche.

Los caballos hunden sus cascos en el suelo de arena suelta, negra, en el piso invisible del sendero que su instinto les señala, siguiendo á los dos guías.

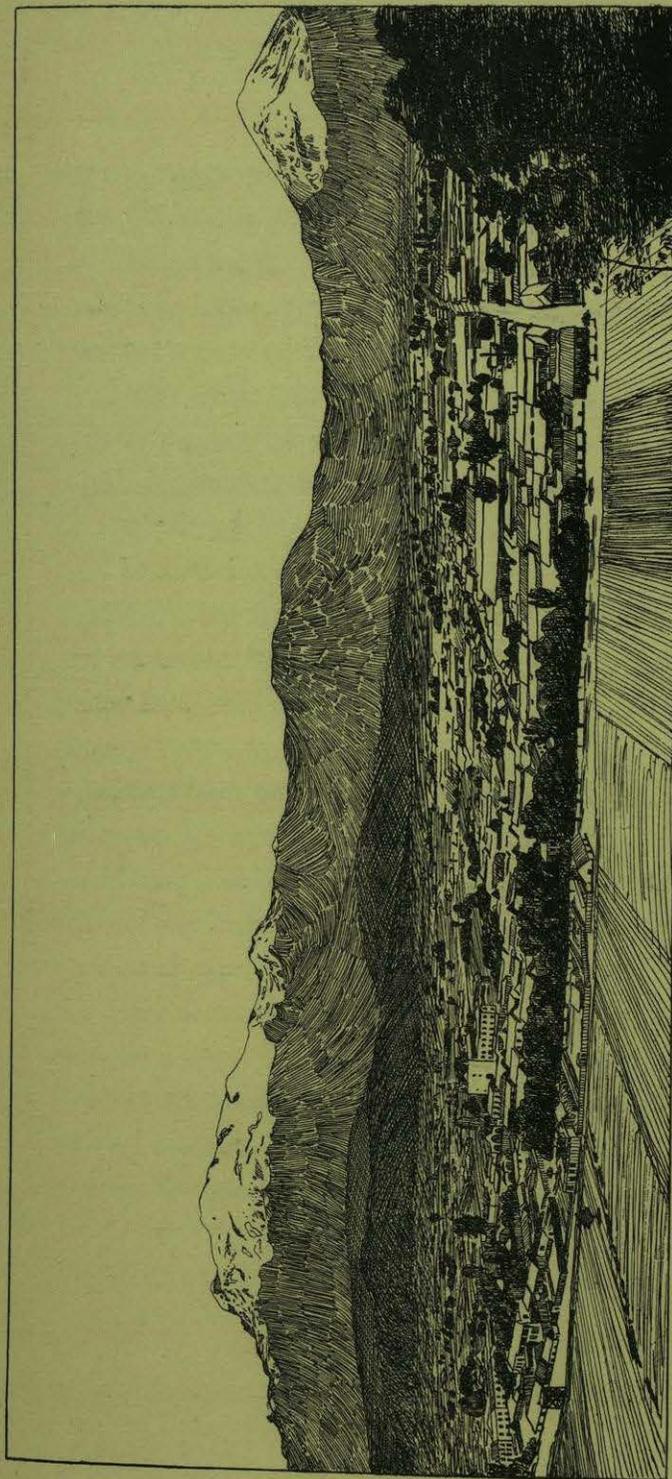
Bien pudiera decirse que las bestias, y nosotros sobre ellas, avanzan, cabalgamos, hollando una acolchada pista aérea, hecha de sombras.

De los dos indios, precediendo de pocos pasos nuestra marcha, invisibles, callados, ni se oyen las pisadas—envueltos como llevan en *lanillas* los pies. De que andan cerca, da fe el acompasado resoplido de su respiración asmática, silbante.

El frío tan intenso nos obliga á ir envueltos en los amplios capotes, encasquetado el capuz hasta la boca; y el cierzo que es como un polvillo volador de esmeril que acaricia cortando, y la espesa negrura que nos envuelve el cuerpo y penetra hasta el alma, son motivos bastantes á que no osemos explorar hacia arriba, ó mirando á los lados y mucho menos volver la vista atrás, para ver si aquel océano de sombras tiene una playa, si aquel espacio de negrura tiene un horizonte. . .

El guía viejo, con voz cascada, de ético, siniestra, de tono ofensivo al oído por el cual penetra llegando hasta la médula—como la vibración chirriante de una hoja de acero rascando un pedernal—dice leer en el reloj del cielo que son pasadas ya las tres de la mañana.

Con instintivo movimiento nos sacudimos de la ca-



AMECAMECA Y LOS VOLCANES

beza el tupido antifaz de la capucha que nos cubre los ojos—órganos que hasta entonces reputamos inútiles en aquella ocasión.

Cambia, mejor diremos surge de repente ante nosotros el glorioso espectáculo de la noche, no en su pavor sino en su augusta majestad imponente.

El firmamento, en el trozo que se muestra—un plomizo tapiz antiguo empolvado de luz—brilla encuadrado en el marco irregular que forman abruptas crestas de montañas y aborregadas nubes. Enfrente de nosotros, la blanca giba del Popocatepetl, sobre cuyo chal de nieve refléjense las estrellas, como un bordado hecho con lentejuelas de luz; á nuestra derecha el colmillo rocoso del Pico del Fraile, que es como una muela resistente á la caries que desportilla las encías del cráter; y al otro lado, la mole—también blanca, del Iztaccihuatl, donde en aquel momento tiene lugar el portento mayor, lo más fantástico del caprichoso juego de las sombras:

La luna se ha asomado indiscreta y maliciosa por entre las cortinas de blondas siderales que forman pabellón sobre el inmaculado lecho de la *mujer dormida*. . . Los querúbes de espuma que desde el cielo velan el sueño de la diosa de piedra envuelta en holandas de ampos, se apartan respetuosos formando amplio corro. . . Y á un punto, luce—como enorme diamante disparado contra una lámina de azulado cristal

por la honda de un David del espacio—surge el Cometa que, si en otros tiempos brilló siniestro en el cielo anunciando á esta tierra tremendo cataclismo, vuelve ahora—brillando cual brillara en Bethlehem—embajador de paz y nuncio de venturas...



En el sitio denominado Las Cruces, dejamos los caballos.

El guía joven regresa con ellos á Tlamacas.
Y comenzamos la ascensión al cono.

Una hora, dos horas, no es posible ni sería del caso—ni la ocasión haría perdonable semejante prosáico cálculo—concretar cuánto tiempo, subimos casi á gatas la pendiente, arañando con manos y con pies en el piso de nieve hecha una inmensa losa de hielo.

De trecho en trecho, grandes peñascos de lava, ponen una nota negra en la immaculada blancura.

Ellos nos sirven de pretexto y relativo refugio para detenernos un instante á tomar aliento.

No sentimos el frío. La ropa nos oprime el pecho como coraza. La respiración es sibilante, angustiada, un resuello de asfixia: la amenaza de que el fuelle pectoral va á estallar, reventado, de un momento á otro.

En las sienas, un martilleo acelerado nos produce la sensación de angustia de un mareo indecible.

¡Arriba, más arriba!, un esfuerzo supremo, hasta el peñasco que ya vemos próximo, á cuyo amparo descansaremos, resguardados del sutil vientecillo que nos corta la cara y anquilosa las manos...

Faltan sólo unos pasos, ... ¡y parece que el peñasco nos huye! La pendiente se empina en tremolosa espiral de aquella intensísima blancura cegadora... Presentimos el punto en que las piernas se doblen sobre el suelo... Tras el velo acuoso que empaña la retina, el piso finge ondulaciones de sismo, vaivén de olas... El monte gira vertiginosamente sobre su eje. Una garra de acero se nos aferra al cuello... Un torniquete armado de clavos afilados, con la tuerca en la nuca, comprime en su herrado cerquillo la caja craneana... Un gran escapulario de plomo prensa pecho y espalda... ¡Todavía un arranque de voluntad y fuerzas!... El peñasco de lava: nos abrazamos al primer saliente de su masa ferrosa; el instinto nos hace rodearlo, á gatas, arañando la roca y arañando el hielo, para buscar el lado opuesto á la pendiente... Y allí quedamos en posición supina, sobre la nieve endurecida, mecidos por el vértigo, que nos hace creer echados en mullido colchón de suaves lanas blancas hechas de vellones de ampos y vedijas de nubes...

....

El cronista lo jura por su fe y por su honor:
Voces de acento sobrehumano hablaban claras en

el caótico estruendo de aquel silencio de la montaña.

En los tumbos que en el cerebro daba el paisaje, hubo un tumbo mayor.

Uno de esos titanes que en pago de su genio y de su fuerza, hubieron de los dioses el castigo de ser encadenados en el antro de estas ingentes cumbres del planeta, era seguro que en aquel momento distendía sus músculos gigantes para romper los muros de su cárcel.

Y fue mayor la conmoción del monte. . .

Y de la negra boca que un día vomitara en fuego y en bramidos todos los odios y las iras todas que de tantas humanidades destrozadas, sangrantes, la tierra ha acumulado en sus entrañas, del crater del volcán, surgió —no visto, mas sensible al alma— un imponente gesto de grandeza, cuyo peso abrumaba á la montaña y cuya talla colosal henchía el aire.

Ante aquella grandeza que llena nuestro sér de pasmo y de respeto, interroga el espíritu en suspenso:

—„Quién sois, señor? . . . ¿Do vais? . . . ¿Bastará el suelo de este coloso de lavas á soportar el peso de tan inmensa majestad? . . . Decid—¡oh monte de titánica fábrica y regia vestidura de pureza, oh nubes que veláis la serena región purificada á cuya paz no llegan la terrenal miseria ni la humana injusticia!—decid cuál nombre há esa sombra de luz que se levanta. ¡Con el alma de hinojos se os suplica; asentada la planta sobre la eterna albura de esta cumbre, y con la frente en

alto interrogando á la serena Voz de los espacios! . . .

♦♦♦

Y un coro inmenso de acentos sobrehumanos — surgiendo en torbellino de la negra garganta, rodando en la humareda sutil de luz que finge el oleaje centelleante de la nieve, multiplicándose en las cuencas ignotas de las montañas de vapores sidéreos, llenando el amplísimo ambiente de aquel paisaje de ultraterrenos mundos, seres, sensaciones é ideas, dijo el nombre glorioso del Héroe legendario:

—¡Her... nán... Cor... tés!... ¡Hernán Cortés, que llega!...

